

T r a d u c c i ó n

El espacio móvil¹

Denis Retaillé²

Profesor de geografía de la Universidad de Burdeos III, Francia

Desde que el sedentarismo impone a la tierra como testigo de aquello a lo que se le confieren valores antropológicos, el aferramiento y el arraigamiento constituyen la base de la geografía llamada humana —como si existiesen otras geografías diferentes de la humana—. Ese estilo se ha conformado por líneas, conduciendo a compartimentar el punto de vista de la identidad, y el mapa entonces, bajo todas sus formas, ha podido tomar el aspecto de una alegoría, cuando no devenía el territorio por analogía o, más aún, por la vía del ícono. Pero todas las líneas no son fronteras, y debajo o encima de la demarcación de los territorios que ofrecen seguridad, las que unen han perdurado, animando el mundo como la vida.

Jean Gottmann estuvo probablemente muy inspirado al proponer la iconografía regional como un primer paso hacia la conceptualización de la simbólica territorial, ya que la tierra física no lleva en su seno, sola y por inmanencia, el destino de los hombres que al habitarla la modifican. Pero tampoco podemos conformarnos con la geograficidad y la fenomenología existencialista propuesta por Eric Dardel, quien relaciona la construcción de la conciencia con el espacio. Falta allí el movimiento. Ya que la diferencia suscita el movimiento, el movimiento estructura el espacio y lo organiza, en cambio la iconografía territorial lo fija naturalizándolo, apoyada a veces en el mito. De allí se deduce el diseño de límites, que es el resultado de la actividad geográfica, espontánea y práctica, o racionalizada en discursos, incluyendo los científicos.

-
- 1 Esta traducción corresponde al resumen de un artículo más extenso publicado en una obra colectiva titulada *Territoires, territorialisation, territorialité* (Territorios, territorialización, territorialidad), editada por Presses Universitaires de Rennes; y fue traducido del francés original por Carolina Villada y Luis Antonio Ramírez, docentes del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.
 - 2 Profesor de geografía de la Universidad de Burdeos III, ha realizado estudios del espacio en el Sahara y en Sahel, en la India y en el mundo árabe-musulmán, indagando por las diversas representaciones culturales del espacio y la mundialización. Algunas de sus obras son: *Le Monde, espaces et systèmes* 1993, *Le monde du géographe* 1997.

Aferramiento, movimiento y límite son tres formas totalmente vinculadas, producidas por la acción geográfica, de la gran cercanía a lo más lejano por saturación³. Y es la jerarquía de los valores establecidos la que porta las ficciones mediante las cuales una de las tres parece imponerse a las otras. La geografía codificada dominante tiene, pues, el lugar como primer signo, aunque el movimiento lo precede necesariamente. Resulta que una forma del límite se ha impuesto: la frontera, tan propia a la definición por delimitación, llena de lo implícito que está en el fundamento del “contrato social”. Si los valores antropológicos son conferidos al movimiento, la faz del mundo puede cambiar completamente. Las manifestaciones actuales de la mundialización nos invitan a considerar tal perspectiva. La búsqueda de una seguridad ontológica que se expresaba por el imperativo territorial pasa hoy por el dominio de la distancia. El viejo nomadismo, rechazado como prehistoria geográfica, vuelve a situarse en un primer plano.

La geografía heredada insistía en la pasividad buscando, mediante la ciencia, definir determinismos exteriores: el del medio, luego el del espacio para explicar los aspectos de las sociedades tomadas como extensiones. En el medio, en el espacio, los marcos de medidas y apreciaciones proporcionaban sistemas de referencia relativamente estables que reducían el movimiento a cambios de estado, al mismo tiempo que cambiaban las posiciones. Esto se invierte, y es el movimiento el que en sí mismo determina etapas y posiciones, en el seno de las identidades y no ya por un referente exterior: lo cual hace decir que las sociedades se conciben *con* el espacio, y no *en* ni *sobre* él. El espacio es una dimensión interior cuyo movimiento es el fenómeno y no la extensión dada; dicho de otra manera, en cuanto al espacio geográfico la extensión viene después del movimiento, y el movimiento produce incluso la unidad que se considera primera: el lugar como etapa y como entrecruzamiento, como distancia anulada. Es pues a una redefinición del lugar a la que hay que adherirse, una definición acorde con la naturaleza del espacio que, a falta de algo mejor, califico de móvil tomando en consideración la mutación que afecta la forma dominante del límite: esto es, la superación de la frontera por el movimiento continuo. Esta revisión está relacionada con la que corresponde a las identidades colectivas, como cuando se habla de “sociedades fluidas”. Esto no es tan nuevo:

3 Traducimos el término francés *remplissage* por “saturación”. La traducción literal de *remplissage* es relleno, pero preferiblemente utilizamos la palabra “saturación” queriendo significar con ella el acto de “llenar completamente algo” (en este caso, un lugar) o también el de “utilizar un espacio hasta el límite de su capacidad”. Para el contexto de lo aquí denominado “acción geográfica”, consideramos que la “saturación” se refiere a los procesos de poblamiento y de aquellos que le son concomitantes (como, por ejemplo, la industrialización y la necesaria producción de alimentos correlativas a la población que se concentra en un lugar) (N. del T).

“Estudiar y definir los grupos fijos, solo es formular una abstracción; comprender y representar los grupos en movimiento, tanto como sea posible, es representar la vida misma”. Se comprende bien cómo lo implícito antropológico que fija un límite a la identidad colectiva pudo estar referido a la materialidad territorial tan difícil de superar. ¿Nuestra geografía sedentaria debe tratar el movimiento por sí mismo? Habrá que admitir que su axiomática es inadecuada.

La etapa del entrecruzamiento

Si el movimiento está en todas partes, la civilización —que es descrita generalmente por un dominio cada vez más creciente del medio ambiente— pasa por el rumbo. El medio ambiente no es solo el de la naturaleza salvaje, comprende lo diferente de lo humano o lo reconocido como tal. El rumbo dirige la civilización como una conquista: el progreso y el abrir nuevos caminos (el traspasar). Este rumbo “civilizado” es cada vez mejor controlado, pasando de un conjunto de rastros (como lo diseñan los animales) a un rastro único, consolidado, racionalizado en su trazado, completado por un dispositivo que acompaña el movimiento. Toda clase de etapas que marcan el proceso de humanización mediante la preparación de terrenos que se van uniendo, encierran la extensión por conquistar en mallas cada vez más tupidas y cada vez más planificadas, aquellas que nos permiten nombrar la primera forma de apropiación. De este modo, el rumbo que va uniendo es el que da origen a la malla. La proyección del rumbo termina por una inversión del traspasar: se queda en el control de la superficie. ¿Qué sucede cuando el rumbo no tiene ya materialidad, cuando es olvidado en beneficio de lo que pasa?

El aferramiento es el lugar

Lo que inicialmente es entrecruzamiento se transforma en el aferramiento que conceden las comodidades. No son únicamente servicios, sino todo un orden de referencia y ubicación lo que es así instalado, comprendiendo puntos simbólicos de apoyo que dan sentido a la circulación y que al mismo tiempo la orientan. Esta toma de posesión topográfica por medio de la nominación y la instalación ha sido destacada como el acto geográfico primero: la inscripción del reino humano en el orden de una naturaleza más estabilizada, con la tierra como sustrato y como recurso, y la propiedad como garante de su explotación y punto de partida del vínculo social. Situada en la duración lineal de la acumulación, la apropiación topográfica liga el espacio y el tiempo que se han convertido en dos medidas equivalentes de la acción humana, con el movimiento como instrumento. Al fijar los valores antropológicos fundamentales en los lugares, el movimiento se transforma en un estado

existente entre puntos fijos que proporcionan las referencias. El franqueamiento de la distancia representa entonces la superación de la exclusión que expresa la co-presencia⁴. Pero con el aferramiento como valor fundamental de la identidad, la co-presencia toma tiempo. La instantaneidad rompe hoy el ritmo de los lugares regularmente espaciados.

De los confines a la frontera

Este juego de partida doble, entre el aferramiento y el movimiento, ha sido la condición de la saturación del mundo. No solo lo fue prácticamente a lo largo del tiempo de la humanidad, sino que lo fue también, conceptualmente, en la definición misma del mundo como hábitat, diferenciado pero unificado. Las formas del límite aparecen así en su combinación con las formas del movimiento. Con un espacio abierto por delante, pero apuntalado en la retaguardia, adosado al lugar de lo más íntimo de la identidad donde se encuentra conservado el idioma intocable que lo asegura, el límite es confin (frontera). Ello da pie a la posibilidad de extenderse y asociarse por agregación. El rumbo aún lleva el movimiento. Pero la forma del límite muta cuando los confines se unen y el límite entra en contacto con los distintos sistemas de apropiación: el límite deviene frontera (*boundary*). La frontera es también una manifestación de la co-presencia, ya sea para dar la espalda o estar frente a frente: pero incluso los muros son atravesados por puertas. Las fronteras se han vuelto, mínimamente, porosas; e incluso hasta se han agrietado en múltiples trozos aún más ajustados.

El contrato social, contrato territorial

Para Hägerstrand —quien introduce el tiempo en el espacio (retomado por Giddens)—, así como para todos los contractualistas de otrora (nombremos a Rousseau por comodidad), la fundación de la sociedad se basa en el territorio, que es una de las diferentes formas del lugar. El territorio es lugar por la unidad, que no tiene nada que ver con la extensión; el territorio es el lugar de una identidad colectiva que impone sus pautas. Al territorio le es necesario un poder (soberanía) y una barrera política legítima. Es aún una forma de la co-presencia que hace de la maduración temporal (la historia) una condición de posibilidad (el contrato social no es un acto fechado). Lo que ha requerido tiempo se condensa en un principio, en una actualización que se asemeja al mito desde el punto de vista en que se asocia una historia y un principio. El implícito antropológico se funde pues con el territorio, que parece

4 Por “co-presencia” puede entenderse la “presencia común” o “el estar en comunidad”. N del T.

una exterioridad superior, al mismo tiempo que es el continente y el marco de una convergencia. El movimiento es así absorbido por lo que fija. Se habla entonces de imposición. El territorio como condición de posibilidad de la identidad colectiva conduce, en contra del movimiento, a amontonar o a concentrar. Retomando la vieja expresión de Bruhnes y Vallaux, podemos notar allí las figuras de una geografía “pasiva”. Pero el territorio pierde pertinencia cuando es demasiado subdividido en separaciones múltiples: no existe territorio de dispersión.

El movimiento permanente

No hemos concluido el recorrido por las formas de la co-presencia. Y las cuestiones concluidas en las observaciones precedentes llevan a retomar la indagación del movimiento en su fundamento mismo. Pese a la saturación, el movimiento no ha cesado, pero ya no tiene la forma de la proyección-repatriación. La co-presencia se manifiesta actualmente por el movimiento permanente que vuelve anticuadas las formas precedentes del límite. No es que el mundo se haya vuelto plano —como lo sostiene Th. Friedmann al observar los efectos de la comunicación instantánea—, sino que más bien se ha vuelto esférico, como la tierra. El movimiento geográfico observado hasta entonces, era examinado mediante la utilización de la ficción planisférica. Los centros jerarquizados según los puntos de vista orientaban el orden, y la imagen del rompecabezas podía tomar el aspecto de una estructura de centro-periferia en todas las escalas. La escala era incluso la clave de ese orden, dibujando la imagen de los acoplamientos que permitían franquear la distancia al conservar un vínculo con la experiencia individual mediante la repetición de las mismas estructuras. El movimiento permanente que se impone cambia la situación: siempre es mediodía en cualquier parte, el mundo continúa girando mientras se duerme, su centro se desplaza, la centralidad se impone. Las fijaciones territoriales portadoras de lo implícito antropológico de las identidades colectivas ya no tienen la solidez de la certeza.

El lugar como acontecimiento

El movimiento permanente que anima el mundo sin pausa temporal transforma el espacio-tiempo descrito hasta ahora. El vínculo entre la corta duración y la pequeña distancia, o entre la larga duración y las vastas extensiones, según el esquema braudeliano, ya no resulta tan predominante para describir el mundo; sobre todo porque el lugar cambia de naturaleza. Ahora más que nunca se hace necesario distinguir tres aspectos que estaban confundidos o al menos superpues-

tos: el emplazamiento, la localidad, el lugar mismo. Para esto hay que cuestionar la axiomática geográfica. El emplazamiento expresa en adelante la localización en todas sus escalas (el movimiento permanente implica una mutación de la escala que ya no se expresa por niveles, sino como un *continuum* de la extensión); la localidad retoma, por efecto de la nominación heredada y de la propiedad que deriva de allí, lo que era el lugar por inversión acumulada; el lugar representa, en el movimiento permanente, el acontecimiento localizado en un encadenamiento espacial y temporal, un encuentro. En esta definición restringida a las propiedades, el lugar es el objeto geográfico creado por anulación de las distancias, cualesquiera que sean las maneras de anularlas. En el último extremo, hay movimiento incluso en la inmovilidad física, y hay anulación de las distancias incluso en la lejanía: ello lo autoriza la forma de la comunicación. Pero esta forma de la co-presencia anula las distancias de manera efímera y en el registro de la incertidumbre resulta contraria a las ficciones territoriales. Lo cual no es del agrado de la geografía, o en todo caso de la geografía científica productora de leyes.

El espacio móvil

La nueva geografía de la historia propuesta recientemente por Christian Grataloup recuerda cómo el movimiento ha dominado la geografía y ha animado la historia, incluso si la historia tiene sus lugares. De paso, habrá que advertir que si las proposiciones del “choque de civilizaciones” y del “fin de la historia” aún no tienen realmente un soporte es porque ambas doctrinas, aparentemente opuestas, están igualmente apoyadas en una imagen detenida del espacio. Al tomar en cuenta la nueva naturaleza del movimiento y el devenir esférico del mundo —que por ello ya no es la suma de todo, sino una integral⁵—, es necesario revisar la idea misma de espacio (geográfico). Antes que nada, se debe desligar del espacio terrestre; luego, del espacio como soporte de la medida. El espacio geográfico es un espacio antropológico y no solo un teatro, ni una abstracción metodológica. Cuando el movimiento se convierte en lo “destacado”, los lugares se vuelven efímeros y las direcciones inciertas, entonces el espacio deviene móvil. Es decir que un mismo lugar (entrecruzamiento) puede desplazarse en el sistema de referencias que se encuentra fraccionado. Ello equivale también a decir que en un mismo emplazamiento y en una misma localidad pueden coexistir varios lugares, lo cual trastoca las modalidades de la co-presencia. En todo esto se plantea el problema del límite.

5 En matemáticas, una ‘integral’ consiste en el cálculo de una cifra a partir de su expresión diferencial (N. del T).

El horizonte

La división, hasta la compartimentación, ha permitido la organización del espacio geográfico. Los confines han sido obstruidos al punto que el horizonte parece cerrado. La idea de un mundo acabado deriva de allí. Pero el movimiento permanente y la movilidad del espacio, los lugares convertidos en acontecimientos circunstanciales salidos de la categoría de los “no-lugares”, han reabierto el horizonte o, más exactamente, le han dado forma a su verdadera naturaleza. El horizonte no es solamente lo que está delante, y la ficción de alcanzarlo, mediante el mapa en particular, ha sido dejada atrás. Si el espacio es móvil, si los lugares se desplazan y se reconfiguran incesantemente, ello significa también que el horizonte se abre “hacia atrás”. El horizonte es un límite sin bordes de ningún tipo y los trayectos geográficos que conforman el Mundo, sin límites para sí mismos, trazan un espacio indefinido. Queda la Tierra como imperativo. Tras haberla olvidado como determinación fija de la diferencia, vuelve como Mundo, hábitat de la vida. Esta nueva barrera, sin equivalente político por el momento, es la que permite hablar de comunidad humana, incluso en ausencia de una sociedad-mundo. Pero es posible que un desequilibrio se produzca allí. Lo que permitía la constitución de la sociedad —una zona trasera que se ve relativamente opaca desde la fachada, ese implícito antropológico que hace de cada sociedad una comunidad para el exterior (comunidad nacional), pero una sociedad en el interior mediante la asociación y el contrato— en parte se ha disociado, dejando aparecer la ficción (la del Estado y del territorio, por ejemplo). El llamado a darle prioridad al juramento de lealtad es un nuevo llamado al sedentarismo.

El nuevo contrato geográfico

Si la territorialidad es abierta por el movimiento permanente y el espacio móvil, el federalismo horizontal es necesario para tratar algunos problemas graves. Ello va desde la autoctonía a todo lo que la subvierte (las migraciones, las diásporas, las nuevas historias construidas sobre memorias incompatibles, los niveles de solidaridad y de lealtad). El inhumano contrato natural y el retorno a la antimodernidad de los pudientes de la modernidad, el loco deseo de mundialización homogeneizante (la del desarrollo) que expresa todo auténtico excluido, la multiplicación de las fronteras tras la ficción de un mundo “liso”, todo ello puede volver a examinarse en esta nueva perspectiva. La vieja pareja del aferramiento y del movimiento continúa su faena, pues el aferramiento ya no retiene la integralidad de los valores simbólicos y las raíces ya no se encuentran en el suelo, entretanto la unidad de la comunidad humana, a la inversa, no tiene ya que ver con el idealismo, sino que se convierte en una realidad práctica que exige algunas respuestas situadas en el orden de la certeza y no en el de la incertidumbre.

Ahora bien, por el momento, hay que vérselas con la incertidumbre y procurarse una etapa teórica que permite tratarla. Es el problema de la barrera superior de la “sociedad-mundo”, que sufre un déficit político al cual no le aportan más aquellas soluciones, ya experimentadas, de la ciudad o del imperio, así fuesen combinadas en el Estado. Se nos habla de gobernanza, pero no es más que un eslogan aún. ¿Cómo elevarlo a concepto y cómo una ciencia del espacio de la que se ha visto su papel en la fijación de los implícitos antropológicos puede contribuir a ello? ¿Haciendo de la geografía, por fin, una ciencia de los lugares y ya no de los emplazamientos y las localidades? Lo cual rebasa ampliamente la pregunta sobre las nuevas regiones mundiales, sean áreas culturales geopolitizadas o zonas de libre-intercambio mejor armadas o, incluso, archipiélagos a la vez aislados y conectados.

Es desde el punto de vista de la ciudad donde se pueden evidenciar los primeros signos. Habrá que recordar que las ciudades estaban en el seno de los dispositivos nómadas, que estaban al comienzo de las civilizaciones y que la ruralización y la contractualización social, mediante la tierra, a menudo han marcado sus repliegues. Toda una geografía admitida debe pues ser revisada desde su axiomática: si hasta aquí se ha convenido en que el espacio es lo diferenciado, desde el punto de vista del espacio móvil es ya lo indiferente; si dos lugares son necesariamente espaciados, en adelante pueden coexistir (varias cosas son posibles en un mismo lugar); si en un solo lugar puede haber una sola cosa, por la nueva forma de la co-presencia una sola cosa puede encontrarse establecida en varios lugares. Hay que continuar con el esfuerzo realizado por Jean-Paul Ferrier para reconocer en el movimiento la posibilidad de mantener valores antropológicos que no son efímeros. Hay que tomar el nomadismo de un modo diferente al de una metáfora y dejar de distinguir entre lo “micro-” y lo “macro-” (o quizá hacerlo tan solo en el momento de fundar las hipótesis). Si el movimiento es continuo, lo “micro-” y lo “macro-” están ellos mismos en continuidad. Esta observación sustrae a la geografía lo que había sido uno de sus instrumentos de investigación y de restitución privilegiada: la escala. Pero si desaparece la soberanía sobre un hábitat limitado por lo que hay que cuidar y aprovechar, ¿qué sucede con la responsabilidad que también es irremediamente limitada, pero por el horizonte? Se sabe por la experiencia del espacio de los nómadas que la forma móvil dominante, “endorregulada”, suponía la asignación de residencia y el servilismo. ¿Cómo una teoría del espacio móvil podría producir una doctrina que escape a ese modelo histórico? ¿Cómo, en definitiva, encontrar una ley o una regla cuando ya no hay un afuera que la imponga por “exorregulación”?